

se reanudaba una antigua costumbre de la Universidad Hispalense. Nos complacemos en extractar del diario «ABC» de Sevilla la relación del acto.

Presidió el rector magnífico, señor Hernández Díaz, con el vicerrector, señor Cortés Lladó, y los decanos de las cuatro Facultades. Asistió el claustro universitario, numerosos alumnos y representantes de la intelectualidad.

Como tema de su primera lección, el nuevo catedrático de Universidad trató de una cuestión poco conocida en el mismo ámbito de su especialidad: *El «Collegium poetarum» en la vida cultural de Roma*. Bosquejó primeramente el significado histórico y jurídico de los «colegios» o gremios profesionales en las instituciones romanas, haciendo hincapié en los pocos que conocemos de matiz intelectual. El más curioso de ellos es sin duda el Colegio de Poetas, de carácter oficial y religioso, cuya vida se prolonga durante cuatro siglos y despierta la rivalidad de los diversos círculos literarios que se suceden en Roma durante la República y el Imperio. Con datos y textos cuidadosamente espigados y sistematizados, logra reconstruir el doctor Dolç el origen y la evolución de dicho colegio, cuya influencia puede explicar inveterados problemas que a menudo plantea el comentario de la poesía latina o el análisis del «ars poetica» de algunos escritores, como Terencio, Horacio y Virgilio. Se refirió especialmente a estos poetas y a los círculos literarios de Escipión, Catulo, Asinio Polión y Mecenas, trazando con ello un animado croquis del desarrollo de la poesía en Roma.

La lección resultó sumamente interesante y amena, y fue seguida con la mayor complacencia. El nuevo catedrático de la Facultad de Letras fue calurosamente aplaudido y felicitado por su brillante disertación, con la cual inauguraba públicamente su nueva etapa docente.—V. V.

### *Ha muerto don José Salarrullana.*

Este número de ARGENSOLA ha de registrar una dolorosa noticia: la muerte de don José Salarrullana de Dios, ilustre altoaragonés, decano honorario de la Facultad de Letras de Zaragoza. Con él, desaparece uno de los últimos representantes de la generación aragonesa de finales del siglo pasado y uno de los maestros más caracterizados de la juventud universitaria de nuestra región durante más de medio siglo.

Nacido en Fraga, simultaneó los estudios de Derecho y de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, doctorándose en Ciencias his-

tóricas. Joven todavía, obtuvo por oposición una cátedra de la Universidad de Granada, siendo trasladado después a la de Zaragoza. Su labor docente fue espléndida y a ella consagró todo su entusiasmo, su talento y su sólida preparación. Tomó parte activa en la vida ciudadana y llegó a ser alcalde de Zaragoza, pero abandonó pronto la política para dedicarse al estudio y a la enseñanza. Su valía como investigador de historia queda patente en sus publicaciones, entre las que descuellan sus *Documentos reales pinatenses de Sancho Ramírez* y su discurso *El reino moro de Afraga y última campaña y muerte del rey Batallador*, trabajo en el que demuestra una asombrosa erudición y un fino sentido crítico.

Singular relieve tiene también su copiosa producción de historia fragatina. El cariño por su ciudad natal le llevó a ilustrar su pasado, realizando excavaciones, investigando en los archivos y estudiando los antiguos monumentos de Fraga. Salarrullana es el gran historiador moderno de esta ciudad que le deberá siempre eterna gratitud. En ocasiones su investigación tuvo resonantes éxitos de orden práctico, como en el pleito sostenido por los Ayuntamientos de Caspe y Fraga.

Los que fuimos sus discípulos, los que le debemos gran parte de nuestra formación, los que en vida le amamos entrañablemente, recordaremos siempre con gratitud, con admiración y con cariño su figura prócer, su cortesía señorial, su magisterio, prodigado sin tasa, y su conducta siempre ejemplar. Para estímulo nuestro, queda su fecunda labor investigadora, que ha iluminado tantos puntos oscuros de nuestra historia regional.

Al elevar una oración por su alma, confiamos en que el Señor le habrá concedido el descanso merecido, pues, creyente sincero, antepuso siempre sus deberes religiosos a cualquier otra consideración y no dejó nunca de proclamar su ferviente catolicismo.—*Federico Balaguer.*